

13.03.2024

Tertuliano:

Sobre la Oración (De Oratione), 2



La importancia del nombre "Padre"

La oración comienza con un testimonio de Dios y con la recompensa de la fe, cuando decimos: "Padre nuestro que estás en los cielos" (Mt 6:9), porque al decirlo, oramos a Dios al mismo tiempo que mostramos nuestra fe, cuya recompensa es esta apelación. Está escrito: "A todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre" (Jn 1:12).

Nuestro Señor con mucha frecuencia proclamó a Dios como Padre; de hecho, hasta dio el precepto de no llamar a ninguno "padre" en la tierra, sino sólo al que tenemos en el cielo (Mt 13:9). Así, cuando oramos de esta manera, observamos también este precepto.

¡Felices los que reconocen a su Padre! Este es el reproche dirigido contra Israel, cuando el Espíritu pone al cielo y a la tierra como testigos, diciendo: "Oíd, cielos, y escucha tú, tierra; porque habla Yahveh: Crié hijos, y los engrandecí, y ellos se rebelaron contra mí" (Is 1:2).

Además, cuando decimos "Padre", también le llamamos Dios. Esta relación es tanto de amor filial como de poder.

En el Padre, el Hijo también es invocado. Ya que Cristo dijo: "Yo y el Padre somos uno" (Jn 10:30).

Tampoco la Iglesia, nuestra madre, es pasada por alto sin mención, ya que en el Hijo y el Padre la madre es reconocida, de la cual asciende el nombre del Padre y del Hijo; obedecemos su precepto, y reprochamos a los que son negligentes del Padre.